

# Filosofía (y) política de la Universidad

Eduardo Rinesi

Ediciones UNGS – IEC

Colección Educación - Serie Universidad N° 06

144 páginas - Abril de 2015

Ivan Schuliaquer\*



*Filosofía (y) política de la Universidad* es el título ambicioso de un libro ambicioso. Un texto que desnaturaliza varios de los imaginarios sociales que circulan sobre la universidad. Para eso lanza una bomba: que hay que tomarse en serio el derecho humano a la universidad. Es decir, no es suficiente garantizar el ingreso —o la posibilidad del ingreso— a ella. No. Hay que conseguir que aquellos que deseen hacer una carrera lo logren. Eso implica, entonces, que todos puedan entrar a la universidad, aprender y salir de ella con un título.

Ese es el proyecto político del libro del filósofo Eduardo Rinesi, uno de los grandes en-

\* Magíster en Sociología (Universidad Paris-Sorbonne y Ecole Normale Supérieure de Francia). Licenciado en Ciencia Política (Universidad de Buenos Aires). Contacto: mschuliaquer@gmail.com

sayistas argentinos. Una propuesta que coloca a la universidad como bien colectivo de la nación y como patrimonio común del pueblo. Así, va a contramano de dos nociones. La primera, la que propone la historia milenaria de una institución que siempre fue una fábrica de élites. La segunda, aquella que combina bien con la cultura neoliberal: que la universidad es una mercancía.

El contrato de lectura del libro no es ajeno a su proyecto político. No escribe desde una lejana tercera persona que mira el mundo desde arriba. Por el contrario, la narración es en primera persona y desde adentro de los problemas. Si bien el libro se divide en capítulos, tiene un desarrollo argumental y un núcleo que lo articula: en qué sociedad vivimos, en qué mundo habitamos y, en ese marco, qué universidad tenemos y cuál queremos —y podemos— tener. Los múltiples entrecruzamientos y diálogos no se niegan ni se eluden: se discuten y se analizan. El autor apela mucho a la ironía, pero se toma en serio todos los temas y cada concepto.

Rinesi hace una férrea defensa de la reflexión filosófica. Y vuelve a Kant bajo la máxima “Osa saber por ti mismo y no por lo que dicen tus tutores”. Desde ahí, propone que todos los conocimientos que se producen y enseñan en la universidad deberían hacerse con esa actitud. O sea, se opone al camino positivista que coloca a la filosofía como disciplina académica específica. Dividir el mundo en campos de conocimiento cada vez más especializados, dice Rinesi, es castrador y esteriliza. Saber mucho sobre ciertas partecitas del mundo no lleva a saber más sobre el mundo. La suma de las partes no es igual al todo. El texto se dedica a la filosofía del derecho y a la filosofía del Estado. Sobre este último, Rinesi traza varios elementos para una nueva teoría que, en diálogo con los procesos políticos de algunos países de América del Sur de la última década y media, lo explique como un garante y constructor de libertad y de derechos. Y, por qué no, como un vehículo para la emancipación social y política. No elude aclarar que el Estado aún es un violador serial de derechos humanos y que no es coherente ni unitario. Pero, al mismo tiempo, subraya que no hay otro órgano institucional por encima de él que pueda garantizar la asignación, distribución y el cuidado de recursos, materiales y simbólicos, más allá del mercado.

El libro parte de que todos los hombres somos radicalmente iguales: se revela allí una profunda convicción. Por eso, cuando pone en diálogo a los conceptos de igualdad y libertad explica por qué se inscribe en la tradición democrática antes que en la liberal. En ese sentido, prioriza la democracia participativa por sobre la representativa, la “libertad para” por sobre “la libertad de” y las libertades positivas por sobre las libertades negativas. Ahora bien, dirá Rinesi, en el debate público de la Argentina de las últimas tres décadas se pasó de un terreno en que se reclamaban libertades —muy a tono con la salida de la dictadura— a otro en el que se piden derechos. Y si se está en el terreno de los derechos, es el Estado el que debe garantizarlos: “Hay derechos porque hay Estado”. Enseguida, se pregunta de qué es autónoma la universidad y marca que, en general, la retórica de su autonomía se focaliza en la separación del Estado. A partir de allí, critica que exista tanta prédica antiestatista dentro de ella cuando es el mismo Estado el que, en definitiva, la propulsa, la financia y la sostiene. Desde ahí, el texto corre el foco y se pregunta si las amenazas más grandes a la autonomía efectiva de la universidad están fuera o dentro de ella.

Rinesi plantea cuál es la autonomía de la universidad cuando las carreras de los que trabajamos en ella se vuelven, cada vez más, un camino en el que lo que importa es avanzar

en una maratón de postas: aspirar a una beca, a otra nueva beca, a una titulación, a una nueva titulación. Qué autonomía es posible, además, cuando las maneras más efectivas de sumar puntos se dan en revistas cada vez más especializadas, con una jerga cada vez más oscura y con una circulación cada vez más reducida.

Todo esto eclipsa la obligación que tiene la universidad de participar en el debate público sobre los temas clave del mundo en que vivimos. Si la universidad enseña, produce e intercambia conocimiento sobre esas cuestiones, ¿por qué tiene un rol marginal en los debates? Es hora de que la universidad, y los universitarios, retribuyan el esfuerzo de la sociedad que financió sus carreras a través del Estado. La intervención debe ser a través de un lenguaje propio y, a la vez, accesible. Es decir, una escritura que se saltee el academicismo, pero que plantee la complejidad de las sociedades contemporáneas.

Quienes enuncian que tienen un derecho lo hacen cuando no se lo cumplen. Es decir, quienes reclaman para sí el derecho a la universidad son aquellos a los que no se lo están garantizando. Y tomarse ese derecho en serio significa comprometerse con el mundo y su futuro. Con aquellos que están en las universidades y con aquellos que están por entrar, pero, sobre todo, con aquellos que aún no nacieron y tienen —también— derecho a la universidad.

Entonces, si la universidad es un derecho para todos, eso implica varias cuestiones. Remarco dos que para mí son centrales en este libro.

La primera es que, al revés de como se pensó históricamente, los beneficiados de la universidad pública, antes que los estudiantes, son los docentes. Somos los docentes, somos los investigadores. Somos aquellos a los que, en nuestra vida cotidiana, la sociedad nos permite salirnos de la lógica mercantil, de la venta de nuestro trabajo a la reproducción del capital, y dedicamos a la transmisión, intercambio y producción del conocimiento. Es decir, solo una construcción social hegemónica hizo posible que pensemos que nosotros no estamos ahí para cumplirles y asegurar un derecho a los estudiantes, sino que, por el contrario, casi que les hacemos un favor al compartirles algo de lo mucho que sabemos. “No”, dirá Rinesi. Los estudiantes son los titulares de los derechos. Los docentes, parte de sus garantes.

La segunda cuestión es otro movimiento hegemónico dentro de las universidades y en sus cuerpos de docentes-investigadores. La jerarquización de la investigación por sobre la docencia. La docencia vista como una tarea poco relevante, tanto que “se pronuncia en voz baja”. Y la investigación vista como lo importante: eso que se dice “inflando el pecho”. Rinesi afirma que para ser un buen investigador es necesario el intercambio con los estudiantes, el debate y el diálogo con otros. Y que para ser buen docente hay que ser investigador: producir conocimiento en el campo sobre el que se enseña. Es decir, no hay uno sin otro y lo más interesante de la condición de “investigador-docente” no está en una o en otra parte sino en el guión que los une.

El derecho a la universidad, dijimos, estructura todo el libro. En ese camino, toca diversos temas. Propone preguntas desnaturalizadoras y una exploración de los problemas. Llega un momento en el que el lector puede decir qué fácil el modo en que Rinesi resuelve problemas tan complejos de maneras tan entendibles y, ante el maravillamiento, dejarse llevar por este manifiesto que desarma el mundo y lo recompone de manera diferente. Ahí la tentación es dejar de dialogar y pasar a un pensamiento delegativo. Asumir la referencia, pero olvidar nuestro discernimiento y análisis propio. La tentación es mucha, pero el autor nunca lo permite. Todo el tiempo retoma el hilo argumental e interpela.

Como dijo Horacio González en la presentación del libro en la Biblioteca Nacional, Rinesi propone una esgrima conversacional con el lector. Para el autor no tiene sentido avanzar si los otros —a los que invita a un “nosotros”— no están siguiendo. La escritura, entonces, conlleva un proyecto político transformador al que el lector es invitado. Hay un investigador que escribe, pero también hay un docente.

*Filosofía (y) política de la Universidad* es un libro que a Rinesi le hubiera gustado tener en su trabajo como rector de la Universidad Nacional de General Sarmiento (entre 2010 y 2014), pero que solo fue posible después de ese trabajo. Se trata de un proyecto, en una sociedad conflictiva —trágica, digamos, para referir a los trabajos clásicos de Rinesi sobre Hamlet—, que debe ser política y colectivamente construido por sujetos sociales.

La revolución no llega de la mano de las leyes de la historia. Tampoco lo hace el acceso real de todos y todas a las universidades del país. En la Argentina de hoy, dice Rinesi, pensar en esto es posible porque confluyeron tres movimientos. Uno: la obligatoriedad de la enseñanza secundaria que permite proyectar al paso académico siguiente como un derecho. Dos: la creación de nuevas universidades públicas que amplió la oferta en todo el país y hace que millones de potenciales estudiantes las tengan a “solo un rato de sus casas”. Tres: políticas públicas, como la Asignación Universal por Hijo o Conectar Igualdad, que muestran a un Estado garante de derechos.

Una guionista —que escribió varios de los éxitos de los últimos años de la televisión argentina— siempre insiste en una recomendación. Dice que a la hora de escribir una serie hay que evitar que en las escenas haya mates. ¿Por qué? Porque desde el momento en que aparece un mate ese producto audiovisual deja de ser exportable a los países en los que no se toma esa bebida (y en los que, por otra parte, no entienden qué es). Ante una obra magistral sobre la universidad y su vínculo con las sociedades contemporáneas —un tema que atraviesa de maneras diferentes a todo el mundo— la recomendación de la guionista parecía pertinente. Rinesi no sabe quién es esa guionista, pero sí fue consciente de la decisión estética y política que tomó. Y llenó su texto de mates: lo argentinizó y lo lanzó al debate público nacional presente. Si su libro proclama que la filosofía debe dialogar con la sociedad que habita, el gesto de su libro —que se completa con el sello por el que lo saca, por la referencia al contexto, por las charlas con colegas que decide citar— es consecuente con ella. En sus propias palabras: “Es en ese terreno incierto y resbaladizo de la política y no en el de la metafísica ni en el de los principios generales fuera del tiempo y del espacio, que estas discusiones pueden resolverse”.

¿Hubieran existido los trabajos de Antonio Gramsci sin la derrota del comunismo ante el fascismo? ¿Qué hubiera sido del pensamiento de Ernesto Laclau si no se hubiera formado en los años de proscripción del peronismo? ¿Pierre Bourdieu hubiera pensado en la distinción si no hubiera nacido en la elitista sociedad francesa? Son tres ejemplos —hay muchos más, por supuesto— de grandes cronistas e interpretadores de sus épocas. Encontraron formas de aprehender el mundo compartido de maneras únicas e iluminadoras, pero sus genialidades dialogaron con la realidad histórica que les tocó. Es así que en ese guiño a su contexto, a la Argentina de hoy y a su sistema universitario, Rinesi muestra su generosidad, pero también su gratitud a una época de cambios en los horizontes del pensamiento, a los que también él, desde una obra magistral, empuja más allá cuando afirma que hay que tomarse en serio el derecho humano a la universidad.